

José Afonso, el humano sabor de la solidaridad

Madrid. J. M. Costa

La sala Elígeme, ya se dijo, es un reducto especial, uno de tantos ambientes distintos que una ciudad cosmopolita y diversa debe poseer. En una sociedad cada vez más fragmentada en sus gustos y placeres, cada uno de los subgrupos (tribus o rebaños, según valoración) debe encontrar su nicho de reunión, su templo comunitario. La Universal es el «pop», como el King Creole es el «rock and roll», como el Pachá es personajes de buen ver. Así, cada uno se divierte en paz y otros toman café con churros en la atardecida.

Dentro de este espectro, Elígeme congrega un colectivo que ronda los cuarenta años y cuya carrera ideológica pasa por el progresismo asimilado en los sesenta. Es una especie que comprende a muchos no aupados a puestos digitales y que ya parece plenamente integrada y estable en el tejido ciudadano. Todo esto viene a cuento porque si no existieran locales tan específicos, no tendrían lugar iniciativas como la siguiente.

José Afonso es un cantante portugués, uno de los mejores. No sólo es que su «Grandola Vila Morena» sirviera de contraseña para la revolución portuguesa, sino que sus discos rezuman una inspiración musical suficiente para haberle hecho rico en países como los de Dylan o Jaques Brel. José Afonso prácticamente no militó nunca en partidos y, a pesar de su ideología, sus letras jamás se permiten caer en el panfleto, ni siquiera en la alusión directa o vindicante. Es un artista admirable que por desgracia, sufre un proceso de parálisis irreversible. Una situación tanto más penosa por cuanto ni siquiera tiene dinero para pagarse la terapia de mantenimiento.

Luis Pastor, cliente asiduo del local y la semana pasada actuante, es quien ha montado un tinglado que consiste en que cada lunes, hasta el 25 de abril, el escenario de Elígeme se convierta en un espacio abierto a cantautores dispuestos a interpretar canciones de José Afonso, o de otros, a fin de recaudar fondos en auxilio del primero.

Sabina o Ricardo Solfa se han ofrecido para officiar sendas jornadas y se espera que el pleno de la cantautoría madrileña y hasta hispana acuda a la llamada. En cualquier caso, es algo emotivo de puro poco pretencioso. Es humano, sencillamente.